

# En memoria de Dionisio Ridruejo

Por Juan Pedro QUIÑONERO

MADRID, 30.—La muerte se nos lleva con Dionisio Ridruejo a uno de los grandes prosistas de nuestra lengua (1). Quizá bajo el influjo majestuoso de Quevedo y Garcilaso, bajo el magisterio de la prosa de Ortega y las investigaciones de una prosa lírica de la década de los treinta, la producción literaria de Ridruejo alcanza en la prosa su absoluto magisterio; la lírica será el remanso más privado y coloquial, donde los fantasmas de la historia y los fantasmas de la conciencia se apretujan en un verso implacable. Su teatro (quizá lo más subterráneo de su obra literaria), como el de Torrente Ballester, es una incógnita mitológica.

Antonio Machado y Unamuno son los rastros más visibles de su obra poética. Lo coloquial y la filosofía, el arrebato lírico y la mesura castellana. En alguna ocasión se ha definido su poética como «correbrería prosódica esmerada». A tales calificativos invita el gusto de Ridruejo por la palabra o ratoria, por la declamación moral.

En este sentido, su poesía se inserta, nitidamente, en las obsesiones más profundas de la generación del 35; y sus vínculos son evidentes con los poetas que, tras la generación del 27, investigan una humanización de las vanguardias, y se reencuentran con las formas clásicas del Siglo de Oro. Se trata de lo que pudiéramos llamar un «retorno del soneto», que se produce en nuestra lengua en la inmediata preguerra (ver los sonetos de Miguel Hernández, por citar uno de los ejemplos definitivos). Si bien algunos miembros de la misma generación (el caso de Luis Rosales) llegan a indagación que va más allá de ese retorno a las formas clásicas, Ridruejo gustó demorarse en el más prolijo y suntuoso preciosismo verbal. De ahí que su lírica participe de la declamación retórica y de la angustia existencial (la herencia de Unamuno).

Su evolución formal (como pone de manifiesto el último libro de poemas que le conozco, «Casi en prosa») no se preocupa tanto de las indagaciones de nuevos modos expresivos, como de una perfección cada vez más absoluta. Antonio Machado y Unamuno, repito, son las sombras que deberán alimentar toda su obra.

Como prosista, a mi modo de ver, Ridruejo alcanzó las grandes cimas de la prosa de su tiempo. Su periodismo retrospectivo, puesto de manifiesto en la publicación, ahora forzosamente interrumpida, de sus Memorias en Destino, es uno de los grandes testimonios civiles de nuestro tiempo, una de las piezas fundamentales para la comprensión de nuestra historia. Su finura, su capacidad de análisis, su mesura, su preciosismo verbal, han dado el fruto, bellissimo, de piezas capitales de historia privada, documentalismo lírico y humanista.

Pero es en libros como el «Diario de una tregua» (publicado, originalmente, en los años cincuenta, y reeditado en 1973) donde Ridruejo alcanza las cotas más altas de toda su obra, allí donde la historia privada se confunde con el arrebato lírico, y éste posee los matices de una fronda ve-

getal de inolvidable fragancia.

Calificado, habitualmente, este «Diario...» de «prosa lírica» se encuentra, con el retrato de Felicidad Panero de Rosales, la narrativa de Rosa Chacel, y toda la obra de Juan Gil Albert (más algunos rezagos de la obra novelesca de Juan Benet), entre los grandes monumentos que han hecho oscilar las motivaciones, intereses y progresos de nuestra prosa. Se trata de una conjugación donde se confunden los arrebatos modernistas de Gabriel Miró, el poder de la metáfora de Ramón Gómez de la Serna, la simplicidad del Juan de Mairena de don Antonio, y la capacidad de fabulación de don Ramón María del Valle Inclán. En ese «Diario...» de Ridruejo se funden esas tradiciones, esa amalgama de tendencias, en la consumación de una prosa bellissima, a la altura de los grandes clásicos de nuestra lengua.

Y cito al margen el influjo de Ortega. La prosa de Ortega, su oscilación de lo trivial a lo sublime, del periodismo a la filosofía, se encuentra en la raíz de nuestra cultura contemporánea. Su divagar, igualmente, entre la metafísica de lo castellano y las indagaciones más audaces de la cultura contemporánea, ponen de manifiesto una tradición secular en la que Ridruejo, a todas luces, se halla inscrito (el Goya de Ramón es una de las piezas capitales de ese proceso). Se trata, pues, de un proceso en marcha cuyos eslabones aislados (pienso ahora en su «Guía de Castilla la Vieja») nos hablan de un proyecto cultural donde la historia, la lírica, la sociología, la evocación, el memorialismo, lo privado, se confunden en un relato polifónico de vasto alcance.

La meditación última de Ridruejo se sirve del material tan sugestivo para plantear el dilema último del nihilismo: como el adolescente Adrián Leverkühn, de Thomas Mann, el poeta contempla fascinado, y ahora me limito a parafrasear un poema de «Casi en prosa», los carmines fríos, los bermellones quemados, los malvas gastados de una usada historia, hundiéndose en la sima de un largo cataclismo; asegurando con su muerte la vida de una serpiente, que se alimenta de tales residuos, y vive de ellos cuando todo está muerto. Por el contrario, el magisterio público de Ridruejo nos enseña que cuando todo ha sido dicho, todavía nos queda la voz inquebrantable de la rectitud, el respeto y la generosidad. La desesperanza lírica de su obra contrasta, en él, tan gallardo, con su porte sonriente y cordial, la pasión de la rectitud de ciertos personajes de Tolstói.

(1) Hasta donde llega mi información, la obra de Ridruejo consta de los siguientes títulos.

Poesía: «Plural» (1935), «Elegía y égloga del bosque arrancado» (1936), «Primer libro de amor» (1939), «Poesía en armas» (1939), «Fábula de la doncella y el río» (1943), «Serranía y otras notas de España» (1943), «Sonetos a la piedra» (1943), «Cancionero de Ronda» (1944), «Descubrimiento del corazón» (1944), «En la soledad del tiempo»

(1944), «Elegías» (1948), «Los primeros días» (1949), «Assumpta» (1950), «En once años» (antología) (1950), «Poesía al margen» (1959), «Hasta la fecha» (poesías completas) (1961), «Cuaderno catalán» (1965), «122 poemas» (1967), «Casi en prosa» (1973).

Teatro: «Don Juan» (1944), «El pacto con la vida» (1944).

Prosa: «Tiempo de reencarnar» (1958), «La Europa que se proyecta» (1958), «Dentro del tiempo» (1960), «En algunas ocasiones» (1960), «Escrito en España» (1962), «España» (1963), «Cataluña» (1968), «Cuaderno de Roma» (1968), «Guía de Castilla la Vieja» (dos volúmenes) (1968-1975), «Entre literatura y política» (1973) y «Diario de una tregua» (1973).

## DIONISIO

Por Juan Pablo ORTEGA

A menudo oí decir que lo pudo ser todo. Si ese fue el caso, a todo renunció para ser él.

Y él fue siempre la dignidad del hombre de pie: «Que en mí no es exagerar», diría él mismo, viéndose bajito de talla y no echando cuentas de la altura moral de su persona, de la gigantesca sombra de ejemplaridades que su pequeño cuerpo proyectaba.

En este país, donde tan a menudo la lección de hacer política parecía darla el mismo Crispín benaventino, ciego para las ideas, habilísimo en el arte de crear intereses y jugar con ellos en beneficio de sí mismo, el Dionisio, a quienes querían oírle les mostraba cómo por servir a las ideas puede uno tener que sacrificarlo todo: él, el anti-Crispín por excelencia, sacrificó salud, fortuna, posibles relumbrantes preeminencias, y vino a morir así, hoy, dejando nada más que este enorme vacío que ahora sentimos sus amigos.

No podré volver a llamarle de nuevo: «Dionisio, necesito hablar contigo.» «Ven.» E iba yo. Y llamaba a su puerta. Y a veces abría él mismo y me metía en aquel despacho lleno de libros y escaso de luz del sol, como en unas catacumbas donde se daba culto a un país que preocupaba siempre, que angustiaba a veces.

Allí hablabamos. Hablaba él, lleno de saber, riguroso en el razonar, claro, abierto. Y siempre afable, condescendiente, tolerante, amigo. «Para mi amigo Juan Pablo Ortega, cuando ya nos vamos haciendo viejos en las esperanzas comunes», me escribía allí, en aquellas catacumbas, un día al dedicarme un libro. Y otro día, en las primeras páginas de otro libro, en la Guía de nuestra vieja y querida Castilla: «Amigo, compañero de oficio y camarada de esperanza.»

Camaradas de esperanzas hemos sido, sí, muchos años, demasiados ya. Y él hoy se ha ido sin verdías realizadas. Y yo, «compañero de oficio», sin saber bien qué hacer entre todos los que se dolían de su marcha, me he venido aquí —el vicio de escribir, la necesidad absoluta de escribir— a echar esta pena en el papel, pensando sin esperanza en él.